

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

POR los años cuarenta, en el periódico leonés donde yo escribía, no dejaba de haber un hueco para los viajes ocasionales de sus colaboradores. Recién liberados de una situación en que además del billete del ferrocarril nos reclamaban el salvoconducto del alcalde, la salida menos espectacular se convertía en tentación literaria. El cronista que desde la calle de Ordoño se aventuraba hasta Madrid, encabezaba sus impresiones en Sahagún de Campos, a lo cosmopolita. Luego, con el tiempo, nos hemos burlado de aquella candorosa presunción. Pero conviene aceptar que a escala actual, es eso mismo lo que hacemos cuando se va a Estambul y no nos resignamos a dejar inédito el lance. ¡La de lectores de estas hojas que se habrán retratado en Santa Sofía!

Vengamos, pues, con la debida modestia, a unas anotaciones personales sobre Rusia, ya prometidas hace dos semanas.

Encuentro diferencias notorias entre Leningrado y Moscú. Quizá sean los eternos condicionamientos del mar en una y de la tierra adentro en la otra. La ciudad del Báltico y vale para sus habitantes- es abierta, delgada, transparente. Quedaríamos a vivir en ella. O sea, a escribir, oír música, ver pintura sobre los lienzos innumerables y no menos la increíble luz natural, cuya descripción se hace comprometedor. La capital de la federación de las repúblicas, en cambio, es amurallada, maciza, opaca. Menos grata a la sensibilidad; pero mejor para entregarnos los rostros más alejados del nuestro propio, que es afán de todo viajero.

Viajeros los hay ahora, cada vez más. De occidente como de oriente. Los occidentales, hechos a los esquemas de su mundo, retienen en primer lugar la casi ausencia de comercios, cafeterías y terrazas, la falta de reclamos luminosos en la ciudad nocturna. Y sobre todo, la negación de ese halago que tanto abunda en la actividad privada. Eficacia, en general, sí; pero ejercido con el talante propio de un funcionario cumplidor. Sin demasiadas sonrisas. Así ocurre en el restaurante del hotel, con las despachadoras de las tiendas. En el guardarropa del teatro, vanamente esperarán las damas el ademán servicial que las ayude a recomponerse en sus abrigos. Y nadie pretenderá que en la penumbra de la sala se malgaste la capacidad de un hombre acomodando espectadores: Las localidades, esto sí, están señaladas hasta para los ojos más inteligentes. Se entiende que debe bastar: Incapaces -o simplemente apresurados- de asumir la vastedad del fenómeno ruso, muchos

turistas se quedan en estas manquedades con pereza de adentrarse en su verdadera valoración: la de precio exigido por otras "cosillas" no tan negativas. O que piden, al menos, un juicio más demorado.

QUE las farmacias norteamericanas amplíen su actividad hacia renglones inhabituales, entre nosotros -revistas, bebidas refrescantes- fue, en su día, conocimiento sorprendente. Y también, lo confesamos, desilusionador. Pues bien: una semejante diferencia diríamos que separa a nuestras boticas, a veces recargadas en publicidad apremiante y tufillo comercial, de las severas "antekas", las oficinas de farmacia rusas.

El producto que requerían mis pies, fatigados por el verano de la estepa, lo conozco en versión española y bienoliente bajo envase atractivo, casi como un regalo para la amada exquisita. Incluso, con parecida fórmula, habrá varias marcas compitiendo en elegancia externa. En Moscú, una facultativa sin concesiones descifró mi fórmula gracias al latín profesional. Y por una cantidad exigua, casi simbólica, me entregó el frasco menos halagador a la vista e incluso al tacto que pueda imaginarse. Donde se preveía un excipiente cariñoso, esto sí, habían puesto vinagre. Y algún otro desinfectante brutal, que me llenó de recuerdos cuarteleros. Fue mano de santo; o como aquí, por lo laico, se deba decir.

CON todo, parece que el comercio -en su típico sentido de interés personal- está aferrado a la condición humana. Incluso en la Plaza Roja. En sus aledaños. Hay ofrecimientos mímicos, aunque cautelosos, de rublos contra dólares a un cambio menos draconiano que en las ventanillas oficiales. Con unos zapatos de Elda en buen uso se puede adquirir un icono venerable. Con una prenda de lencería, la práctica femenil del más, viejo oficio del mundo. Pero ninguna transacción me ha turbado tanto como la que presencié junto a las barandillas del malecón Mauricio Thorez -centríquísimo homenaje al comunismo galo-, frente a las muchas catedrales del Kremlin. Una turista de Vich negociaba con un pequeño escolar en torno a una insignia roja, de valor material deleznable. El pionero desechó unos kopecks. Caramelos tampoco quiso. Pero aceptó, radiante, el trueque contra una medallita de la Milagrosa.

Yo he esbozado más de una vez la teoría del exotismo: lo vulgar de tener un amor en Antofagasta (los de Antofagasta); lo fascinante que puede resultar (para un chino) la noche del sábado en Cisterna. Demasiadas palabras. Una fugaz escena de la vida misma, sirvió para explicarlo mejor.